

LA REPUBLICA POSIBLE I

"[...]la causa productora de todas las crisis de disolución, con motivo de las elecciones presidenciales, reside en la Constitución actual, que instituye y establece dos gobiernos nacionales, los dos únicos grandes electores y los únicos dos candidatos serios, por razón del poder electoral de que disponen de hecho.[...] De un lado es el Gobernador-Presidente, cuya candidatura forzosa es una verdadera reelección; y del otro es el Presidente cesante, que para asegurar su reelección en el período venidero, promueve para sucederle en el período intermedio a uno de sus subalternos,[...] los dos son los únicos y verdaderos Electores en el país, cuyo pueblo acepta la elección que sus gobiernos le dan hecha. Y los dos son los únicos candidatos serios a la Presidencia, como poseedores únicos del poder de hacerse reelegir oficialmente.[...]"

Juan B. Alberdi: "La República Argentina consolidada en 1880 con la Ciudad de Buenos Aires por Capital. Buenos Aires, 1881

"El movimiento revolucionario de este día no es la obra de un partido político [...] popular e impersonal, no obedece a las ambiciones de círculo ni hombre público alguno. No derrocamos al gobierno para derrocar hombres y substituirlos en el mando [...] lo derrocamos para devolverlo al pueblo [...] Las armas del ejército se levantan para garantizar el ejercicio de las instituciones. La Constitución es tanto como la bandera y el soldado no la dejará perecer sin prestarle su brazo, alegando la obediencia pasiva, no sería el ciudadano armado de un pueblo libre, sino el instrumento y cómplice de unos déspotas..."

"Manifiesto revolucionario" emitido el 26 de julio de 1890.

"... Hay un sistema que debe ser lamentado por todos los argentinos, y es la destrucción del ejército como poder disciplinario; lo hemos perjudicado para la defensa nacional, si bien lo hemos levantado como poder y fuerza para deponer gobiernos".

Roque Sáenz Peña en carta a B.J. Montero, noviembre de 1890. citada por ETCHEPAREBORDA, ROBERTO, Tres revoluciones 1890 - 1893-1905,. Buenos Aires, Pleamar, 1968.

El gobernador y el presidente: los dos grandes electores

Roca y Tejedor habían cerrado el último capítulo de la guerra civil al plantear una vez

más por la fuerza de las armas la oposición de dos proyectos políticos antagónicos . Tejedor representó la visión localista porteña, extemporánea para los tiempos que corrían. Roca aglutinó detrás de la suya a los gobernadores de Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y Tucumán. Como bien lo definiera Carlos R. Melo, el partido Nacional fue más que un partido, "...la yuxtaposición de los grupos dominantes en cada provincia..." alineados detrás de la figura del gobernador. Alberdi -por entonces diputado nacional interpretó la crisis del ochenta como un conflicto de coexistencia de poderes en la ciudad destinada naturalmente a ser el centro del poder nacional. Buenos Aires había heredado de la época virreinal esta condición - pensaba Alberdi- pero era el gobernador quien estaba en posesión del suelo, el pueblo y los establecimientos de la metrópoli; esto es, de los atributos del poder real y efectivo. El presidente, residiendo en la misma ciudad no tenía jurisdicción directa y por lo tanto se veía impedido de actuar en forma soberana. Cada seis años -opinaba Alberdi- estos dos poderes entraban en conflicto porque eran los dos únicos candidatos serios a la presidencia por el número de electores de que podían disponer. Al federalizarse el territorio de la ciudad el ejecutivo nacional adquirió la jurisdicción directa sobre el centro del poder material de la nación al que se subordinaron en forma definitiva todas las regiones. La rendición de Buenos Aires y la aceptación por parte de los círculos políticos porteños de una intervención federal amplia que disolvió la legislatura, fue además la coronación de un proceso de fortalecimiento del poder central. Por el artículo tercero de la Constitución Nacional, el Congreso debía fijar el lugar de residencia de las autoridades nacionales, pero necesitaba la cesión del territorio elegido por parte de la legislatura provincial correspondiente. Dentro de las fracciones políticas del autonomismo porteño algunos nombres importantes como Carlos Pellegrini, Aristóbulo del Valle y Eugenio Cambaceres se habían comprometido con la candidatura de Roca. También había contado el tucumano con el apoyo de algunos grandes terratenientes de la campaña que provenían tanto del mitrismo como del alsinismo y el aval de importantes representantes de la comunidad extranjera. Cuando los acontecimientos armados dieron paso a la etapa de conversaciones tendientes a recomponer los poderes provinciales, el doctor Dardo Rocha surgió como líder natural del grupo autonomista. Como senador nacional había promovido el proyecto de intervención amplia a la provincia y había integrado la comisión especial para estudiar los términos de la Ley de federalización. El general Roca encontró de esta forma allanado el camino para reorganizar las cámaras provinciales con legisladores que se comprometieron a ceder el municipio. En el plano provincial, los mitristas y los autonomistas que habían cerrado filas en apoyo de Tejedor quedaron desplazados de la administración. Renacía el Partido Autonomista Nacional y se fortalecía la figura de Dardo Rocha como el aliado natural del presidente. El 8 de diciembre de 1880 se formalizó la entrega de la ciudad a las autoridades nacionales y dos meses después el senador fue electo gobernador de la provincia.

La "pax roquista"

Las presidencias fundadoras de la nacionalidad prepararon las condiciones políticas, sociales y económicas que permitieron a Roca imponer el modelo alberdiano de

organización nacional. Se había afianzado el carácter presidencialista del sistema y se habían apaciguado los conflictos interprovinciales. Desde 1862 todo candidato presidencial había necesitado contar con el beneplácito de por lo menos uno de los grupos políticos porteños. El Colegio electoral que eligió a Roca lo hizo prescindiendo de los votos de los electores de Buenos Aires y de Corrientes. La Liga de Gobernadores había inaugurado un sistema de control electoral que se fue perfeccionando y dio como resultado la estructura de un régimen político que garantizaba lo que Alberdi se había preocupado por precisar, una "república posible", en la que el ejercicio del poder político estuviera reservado al grupo más ilustrado y mejor preparado para atender el interés y el bienestar de todos los argentinos. Desde las Ciencias Políticas, Natalio Botana ha realizado un minucioso análisis de los comportamientos políticos recurrentes entre 1880 y 1912 -año en que se puso en vigencia la Ley de voto secreto y obligatorio- para tratar de comprender la estructura interna de un orden que supo aprovechar los recursos institucionales de la Constitución y adecuarlos para restringir el acceso a los cargos electivos. En la medida en que los grupos dirigentes provinciales pudieron desarrollar sentimientos de legitimidad compartidos con respecto a las reglas de sucesión del poder; se estructuró un sistema de hegemonía basado en lo que Botana define como la unificación del origen electoral de los cargos gubernamentales: "Habrán siempre electores, poder electoral, elecciones y control, pero los electores serán los gobernantes y no los gobernados, el poder electoral residirá en los recursos coercitivos o económicos de los gobiernos y no en el soberano que lo delega de abajo hacia arriba. las elecciones consistirán en la designación del sucesor por el funcionario saliente y el control lo ejercerá el gobernante sobre los gobernados antes que el ciudadano sobre el magistrado." El presidente de la nación se ubicó en el vértice de una pirámide desde donde impuso el candidato a sucederle con el aval de los gobernadores de provincia quienes controlaban las elecciones en sus respectivos distritos electorales. Lógicamente los mandatarios provinciales dominaban una red de funcionarios inferiores (jueces de paz, concejales municipales y comandantes militares) que organizaban los comicios. La clave del sistema estaba en la ley electoral que pautaba el voto cantado y voluntario y dejaba la organización de los padrones y actos comiciales a las autoridades locales que se constituían en los primeros agentes del fraude. Las listas de diputados nacionales y las bancas del Senado surgían del acuerdo entre cada gobernador y el presidente, dado que los ejecutivos provinciales eran árbitros naturales de la distribución de cargos en cada gobernación, disponían de las bancas en la legislatura y se constituían en agentes de la voluntad presidencial. La plena vigencia de este régimen aseguró al país una década de paz y orden interno que se tradujo en la casi desaparición de intervenciones a las provincias. En este sentido el P.A.N. (Partido Autonomista Nacional) cumplió una función importante como ámbito de comunicación de las oligarquías provinciales.

Rémingtons y empréstitos

La "pax roquista" permitió concretar una importante labor de gobierno en lo concerniente a la legislación y administración de estructuras estatales acordes con el

concepto de progreso según lo entendía la clase gobernante. Acompañó a Roca en la vicepresidencia Francisco Madero, un hombre de negocios sin peso político propio, pero vinculado a lo más tradicional de la sociedad porteña. El presidente formó su gabinete con provincianos que habían sido sólidos apoyos en la Liga como Antonio del Viso, ex-gobernador de Córdoba en el ministerio de Interior y Manuel D. Pizarro, también cordobés pero arraigado en el círculo político santafesino dominado por Simón de Iriondo, otro de los puntales de la candidatura de Roca en el Interior. Entre los porteños, Bernardo de Irigoyen tuvo destacada actuación al frente de la cancillería y Juan José Romero, reconocido hombre de finanzas, en el ministerio de Hacienda. Carlos Pellegrini y Eduardo Wilde se convirtieron en leales funcionarios del presidente, el primero como representante del gobierno ante la banca internacional y el segundo desde el gabinete en las instancias decisivas de los conflictos entre el Estado y la Iglesia. Un párrafo aparte merece la gestión de Domingo Faustino Sarmiento al frente del Consejo Nacional de Educación, organismo encargado de la administración de las escuelas primarias nacionales. El sanjuanino sin embargo criticaría el régimen político instaurado al amparo del rémington y en función de una carrera de empréstitos e inversiones que se volverían desenfrenadas y promoverían la exaltación de valores materiales en una sociedad muy poco cuidadosa con los principios republicanos tan caros al modelo de país que Sarmiento había soñado. El ejército avanzaba sobre la frontera indígena en el Chaco y en la Patagonia para obtener el definitivo control de los territorios nacionales, y los capitales extranjeros eran captados por el gobierno para destinarlos a obras de infraestructura como la modernización de los puertos de Buenos Aires y Rosario, la extensión de la red ferroviaria y las Obras de Salubridad de la Capital; pero también para la ampliación del crédito y la expansión de la circulación monetaria que generaría la especulación financiera a gran escala.

El mito del progreso indefinido

Mucho se ha escrito sobre esta generación de políticos y su proyecto y las opiniones de los especialistas son divergentes en cuanto al grado de intervención que le cupo al estado en el control de las variables económicas. Donde no hay discrepancias es en reconocer las influencias del positivismo europeo, a través de las ideas de Augusto Comte y Herbert Spencer, aceptadas como teoría del conocimiento y como interpretación de la realidad histórica nacional; si bien los últimos trabajos sobre el tema advierten acerca de la adaptación del ideario de estos pensadores según las necesidades particulares que el contexto local imponía y al grado de pragmatismo con que la clase gobernante se manejó. La llamada "generación del Ochenta" creyó que la historia avanzaba a través de etapas sucesivas e insoslayables a un proceso evolutivo hacia el progreso. Esta idea, ya manifiesta en algunos escritos de la generación del 37 tendería un puente entre los pensadores del Salón Literario y los estadistas del orden conservador. La influencia spenceriana se canalizó fundamentalmente en medidas con respecto a la iglesia en su relación con el estado, en el ámbito educativo y en el orden económico. Contra las ideas evolucionistas se levantó el sector católico liderado por José Manuel Estrada y Pedro Goyena quienes

consideraron que el liberalismo y el anticlericalismo del gobierno socavaban los principios de la fé católica de la familia argentina. En desacuerdo con los proyectos del ejecutivo renunció Manuel D. Pizarro y asumió la cartera de Justicia y Educación Eduardo Wilde. Lector asiduo de Comte y Spencer, el nuevo ministro fue el sólido defensor del programa de secularización emprendido por los presidentes Roca y Juárez Celman que se concretó en las leyes de educación común, de Matrimonio Civil y de creación del Registro Civil de las personas. El estado fue categórico en defender sus prerrogativas aún a costa de romper relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Con el presidente Juárez Celman los principios del liberalismo económico ortodoxo fueron llevados hasta las últimas consecuencias. Convencido de la incapacidad del Estado como administrador y empresario rechazó toda intervención del mismo en empresas económicas y liquidó aquéllas que aún tenían participación estatal, como el Ferrocarril Andino y el Oeste o las obras de salubridad de la ciudad de Buenos Aires. Como contrapartida intensificó las concesiones al capital privado que en términos políticos se tradujo en la presencia de un círculo de favorecidos por el presidente. Una profunda transformación en las costumbres alentada por la creencia en el exitismo económico como valor supremo del individuo modificaba sustancialmente el comportamiento social. Estas circunstancias no pueden dejar de considerarse como antecedentes de la crisis que se desataría en el año noventa.

...y todo quedó en familia

A principios de 1885 surgieron tres candidaturas para la sucesión presidencial: la del doctor Rocha y la de Bernardo de Irigoyen sostenidas por distintas fracciones del autonomismo de la provincia de Buenos Aires y la de Miguel Juárez Celman que contaba con el discreto apoyo del presidente. Eran los primeros comicios presidenciales en los que la Capital federal intervenía con 22 electores propios, al margen de los 36 correpondientes a la provincia. Rocha comprobó enseguida que no contaría con el apoyo de Roca y se volcó decididamente a fortalecerse en su circunscripción electoral. La flamante capital provincial fue el centro de operaciones del Comité Argentino y los créditos del Banco de la Provincia fueron generosamente ofrecidos por el candidato a personalidades del Interior para ganarse el apoyo de algunas provincias. Bernardo de Irigoyen salió de gira pero solo pudo tener expectativas de concentrar algunas adhesiones en Santa Fe y en Tucumán. El candidato que contó con las mejores posibilidades fue Juárez Celman a quien prestó su apoyo la coalición de gobernadores roquistas extendida a nuevas provincias durante los últimos años. El candidato había sido ministro de gobierno de Antonio del Viso y luego gobernador de Córdoba, pero fundamentalmente estaba unido al presidente por lazos de familia. En la capital federal los juaristas trataron de fortalecerse y acudieron en masa a inscribirse en los registros cívicos de las parroquias porteñas dejando los padrones viciados con numerosas inscripciones fraudulentas. Los mitristas reorganizados bajo el nombre de Partido Liberal se pronunciaron por la abstención dada la falta de garantías para una lucha electoral limpia, si bien algunos miembros se sumaron a las filas del círculo juarista. Carlos Pellegrini acompañó a Celman en la fórmula oficialista. Finalmente a mediados de

año los católicos proclamaron la candidatura del presidente de la Corte Suprema de Justicia, doctor José B. Gorostiaga. Como en otras circunstancias electorales de la historia argentina, las fuerzas opositoras comprendieron que les era imposible ganar la contienda y acordaron renunciar a sus candidaturas y elegir un candidato consensuado. Extendieron la propuesta al partido oficial pero frustrados los intentos convinieron en presentarse unidos detrás del nombre de Manuel Ocampo, anciano político de los tiempos del estado rebelde. Juárez Celman obtuvo un cómodo triunfo en todas las provincias menos en Buenos Aires donde ganó Rocha y en Tucumán que votó por Irigoyen. La oposición había sido débil frente a la bien organizada maquinaria electoral del P.A.N. que respondió a los deseos del presidente y consagró sucesor a su concuñado, todo quedaba en familia.

El país dirigido por un grupo de niños...

Ya se ha visto que la sucesión gubernamental profundizó los lineamientos políticos y económicos inaugurados en 1880. Como consecuencia se agudizaron los síntomas de crisis ya esbozados en 1885 y controlados parcialmente suspendiendo la convertibilidad del papel moneda. El elenco gobernante garantizó la continuidad de objetivos y promovió en forma desenfrenada la inversión confiada en el desarrollo espontáneo de la riqueza agropecuaria. El ingreso de oro y divisas respaldó el proceso de expansión pero generó en forma paralela la especulación financiera centrada en la compra-venta de tierras que se valorizaron en forma constante. El gobierno pagó la deuda externa y sus intereses con la venta de las empresas públicas y con nuevos empréstitos en los que hipotecó las rentas aduaneras y las tierras fiscales. Un exceso de emisión monetaria acompañó la política tendiente a generar nuevas inversiones. Como consecuencia el papel moneda fue perdiendo su valor y los argentinos vivieron una de sus primeras experiencias traumáticas de inflación desenfrenada, con la consecuente caída del poder adquisitivo de los salarios para los sectores populares; mientras que los privilegiados quedaron atrapados en una loca ruleta rusa de quiebras o de fáciles fortunas ganadas en arriesgados juegos bursátiles. A la sombra de la crisis, el noventa veía nacer los primeros intentos de fundar un partido marxista obrero en la Argentina. En el ámbito político el clima no estaba menos enrarecido. Si una creciente apatía había ido ganando terreno en las filas de la oposición, no era menos cierto que al amparo de esta actitud el círculo gobernante se había cerrado peligrosamente dejando afuera viejas lealtades y expulsando a quienes no se mostraban incondicionales del presidente. El grupo dirigente se fracturó y Celman disputó la jefatura del P.A.N. a Roca. Detrás del primer mandatario se alinearon destacadas personalidades del partido y jóvenes sectores en ascenso que fueron calificados por Pellegrini como un grupo de niños imprudentes. Dentro del oficialismo comenzó a crecer la figura de Roca como el estadista que podía volver las aguas a su cauce. La Nación y La Prensa, los dos principales diarios capitalinos, alertaron a la opinión pública acerca de la inoperancia del gobierno para controlar la situación, a pesar de los sucesivos cambios en el gabinete. En abril de 1890 la oposición ganaba la calle en mitines y asambleas multitudinarias mientras la totalidad de los ministros presentaba la renuncia. La banca internacional había

suspendido el crédito.

El gobierno con los días contados

Desde mediados de 1889 había comenzado a gestarse una oposición creciente que se manifestó en distintos ámbitos de la sociedad civil. Un mitin en el local del Jardín Florida, en el centro de la capital, reunió a jóvenes universitarios y viejos políticos de prestigio que parecían reeditar la coalición opositora del 86; salvo por la presencia de quien sería el alma de la revolución, don Leandro N. Alem. El caudillo de Balvanera volvía a la política alentado por los bríos de una juventud defensora del libre derecho al sufragio. Quedaba constituida la Unión Cívica de la Juventud y de inmediato se iniciaba un plan de difusión y agitación en las principales parroquias de la ciudad. Con el correr de los meses, en abril del 90, el movimiento pudo reunir una asamblea de más de diez mil personas en el Frontón Buenos Aires y se organizó como Unión Cívica. Era la suma de corrientes heterogéneas provenientes del autonomismo, del mitrismo y del sector católico, coincidían -al menos en el discurso- en fusionarse perdiendo sus respectivas identidades partidarias. "No es esta una reunión de partidos -enfaticaba Mitre -...es una asociación de voluntades sanas, una condensación de fuerzas vivas..." Como en todo movimiento también en la Unión Cívica comenzaron a aflorar tendencias contrapuestas que respondieron a dos liderazgos manifiestos. El de Mitre, representaba el sector moderado y conservador y el de Alem nucleaba a los sectores populares detrás del cual se alinearon los jóvenes espectadores por entrar en la historia y en la política de la mano de quienes, en algunos casos, eran reconocidos como sus maestros. Ante el agravamiento de la situación económica y la denuncia de un alto grado de corrupción administrativa, se pasó de la etapa organizativa a la conspirativa. Al mismo tiempo tomó cuerpo la idea de dar participación a jóvenes oficiales del ejército organizados en una logia secreta cuya jefatura asumió el capitán Diego Lamas, oriental y afin con las ideas del grupo nacionalista blanco del Uruguay. Entre los comprometidos estaba el entonces subteniente del Batallón 1ro de infantería José Félix Uriburu. La participación militar de algunos altos mandos vinculados a Roca en definitiva condicionaría la suerte de la revolución a pesar de la actitud decidida de los conspirados.

Ciudadanos en armas: "Patria o muerte"

Madrugada del 26 de julio de 1890. Enigmáticos faroles rojos y verdes flanquean a las silenciosas columnas de tropas que por los fríos y brumosos caminos de Palermo marchan hacia el Parque de Artillería. Las puertas de éste se abren por una guardia cómplice a desordenados grupos de hombres armados plenos de fervor levantisco. Una intransigente contraseña les ha franqueado el paso: "Patria o muerte". La revolución que "andaba por las calles..." (Balestra), instalaba su epicentro en la actual zona de Plaza Lavalle, entonces algo diferente del hoy lugar de andanzas de abogados y asociados. Era parte del suburbio, "casi todos sus edificios eran bajos; el crecimiento de la ciudad lo invadía rápidamente por el norte, pero hacia el sud

continuaba siendo el barrio maldito de las mancebías, burdeles sórdidos, figones de maleantes..." (Balestra). La Junta Revolucionaria de la Unión Cívica había designado al futuro gobierno (presidido por Leandro N. Alem) y dado el mando militar al general Manuel J. Campos, lo que sería un grave error. Campos se había entrevistado con Roca y varios historiadores señalan que ese acercamiento jugaría un papel decisivo.

Tres sangrientas jornadas

Las fuerzas complicadas en el movimiento integraban varios de los batallones y regimientos de la guarnición, incluyendo cadetes del Colegio Militar. Fueron reforzados por "cívicos" (el investigador Roberto Etchepareborda los estima en 2500), que se identificarían en parte con boinas blancas. Las unidades leales al gobierno los superaban en número (aunque no necesariamente en poder de fuego, porque en el Parque se tomaron buen número de modernos cañones Krupp y ametralladoras Nordenfeld y Gatling), pero el plan original de los subversivos compensaba la deficiencia: la sorpresa y la ofensiva debía neutralizar las fuerzas del oficialismo. (La historia de nuestro país fue escenario de varias revoluciones triunfantes en inferioridad de fuerzas). Pero, cambiando los planes, Campos atrincheró sus fuerzas en el Parque y las extendió a la defensiva por los alrededores en líneas de cantones, barricadas y trincheras. No se tomaron medidas para cortar las comunicaciones telegráficas y telefónicas del oponente... (Un detalle importante: una de las unidades revolucionarias provenía de la Casa Rosada, ¿no pudo haberse empleado esa fuerza en intentar tomar la sede oficial?). Otro factor con que contaban era la escuadra: se amotinaron varios buques que debían bombardear las posiciones gubernistas. Del otro lado la acción fue dirigida por el vicepresidente Pellegrini, el general Roca y el ministro de guerra, Levalle. Este grupo desplazó al desprestigiado Presidente, obligándolo a alejarse de la ciudad. Pellegrini y Levalle dirigieron las acciones, intentando feroces ataques contra el Parque. Se derramó mucha sangre: atrincherados, los fusileros y artilleros rebeldes, causaron terribles bajas al oponente. Pero los oficialistas cercaron a los hombres del Parque. Entre los revolucionarios se contaron destacados líderes políticos de los años siguientes, como Hipólito Yrigoyen, Lisandro de la Torre o Juan B. Justo; entre quienes colaboraban en la atención de los heridos se contaba una de las primeras estudiantes de medicina: Elvira Rawson. Desde el río, los buques insurrectos lanzaron un mal combinado bombardeo: cayeron granadas sobre el Retiro y la Casa Rosada, pero también sobre la Catedral y lugares igualmente inocentes. La lucha duró tres días. Al segundo, Campos alegó sorpresivamente ante la Junta Revolucionaria que escaseaban las municiones y el 28, el grueso de los mandos militares se inclinó por la rendición. Finalmente se acordó la capitulación de los revolucionarios sobre la base de la ausencia de represalias. Se calcula el número de muertos en cerca de 300 y el de heridos en más de mil, la mayoría del lado del gobierno. (La cifra es similar a la publicada años después en relación con el ataque del 16 de junio de 1955, sólo que, en el '90, fueron casi exclusivamente combatientes).

"Una revolución vencida, un gobierno muerto"

Un Presidente que ha vencido una revuelta, podría suponerse, vería reforzada su autoridad. No fue así. La puja dentro del oficialismo lo enfrentó a Pellegrini y a Roca. Sonaron voces como las del senador Manuel Dídimo Pizarro, que proclamó que la revolución había sido vencida, pero que el gobierno había fenecido. Tras algunos días Juárez debió renunciar y Pellegrini lo reemplazó. Lisandro de la Torre y muchos otros sospechaban ya que la actitud de Campos en el Parque era parte de un secreto acuerdo con Roca. Este mismo anotó en una misiva dirigida a M. García Merou: "Ha sido una providencia y una fortuna grande para la República que no haya triunfado la revolución ni quedado victorioso Juárez..." Agregaba, dice Etchepareborda, haber vislumbrado esa solución y haber trabajado para obtenerla. "El éxito más completo coronó mis esfuerzos y todo el país aplaudió el resultado aunque no todo el mundo haya reconocido y visto al autor principal de la obra..." A Roca lo llamaban el Zorro; los caricaturistas lo representaban con la figura del predador pampeano. El régimen había encontrado la manera de prolongarse lanzando lastre. Al margen de las intrigas, los combatientes llanos del Parque habían salido a luchar por una democracia donde el sufragio fuera un arma de la ciudadanía y no una farsa.

El "acuerdo patriótico" y la división de los cívicos

Pellegrini inició una gestión bien recibida por amplios sectores. Aunque sus primeras medidas económico - financieras despertaron expectativas favorables, la crisis tardó varios años en remontarse. En marzo la Unión Cívica logró imponer como senadores a Alem y del Valle; previamente había proclamado a Mitre candidato presidencial. Pero al regresar éste de un viaje a Europa (que le había evitado comprometerse en los sucesos), Roca logró un acuerdo con él que descolocó a la oposición. (No sería la primera ni la única vez que algo así ocurriría en nuestra historia). El Acuerdo Patriótico buscaba evitar la confrontación electoral mediante un pacto entre dirigentes.

El 93: de nuevo la voz de las armas

Los meses siguientes fueron plenos de intensas negociaciones entre el oficialismo y diversos sectores opositores y de intentos de alzamientos en varias provincias. En 1892, finalmente, Pellegrini y Roca apoyados por los gobernadores del interior y por el mitrismo llevaron al triunfo la fórmula Luis Sáenz Peña - José Evaristo Uriburu. La UCR se abstuvo de participar en comicios que no ofrecían garantía alguna. A mediados de 1893 estalló una nueva revolución que se extendió a lo largo de varias semanas por Buenos Aires (donde intervino decisivamente Yrigoyen), Santa Fe (con la participación de Alem y de la Torre), Corrientes y otras provincias. Fuerzas militares y navales se involucraron en los sucesos junto a civiles armados. Pero el movimiento fue vencido. Sin apoyo propio, acosado por los hechos y por las disidencias dentro del oficialismo, donde Pellegrini y Roca seguían siendo las figuras

predominantes, Sáenz Peña renunció en enero de 1895. Uriburu completó el mandato. En las elecciones siguientes el mitrismo intentó un acercamiento a la UCR, al que solamente fue proclive un sector de este partido, los coalicionistas, entre quienes descollaba Bernardo de Irigoyen; los intransigentes, con Yrigoyen, se opusieron. Se produjo otra importante ruptura: disgustado por las posiciones de Yrigoyen, de la Torre se separó de la UCR.. El PAN triunfó en los comicios de 1898 y Julio A. Roca se dispuso a desempeñar un segundo mandato. El fraude seguía en vigencia. La sucesión de elecciones irregulares, pactos de notables y alzamientos armados seguidos de amnistías - que de poco servían- seguía rigiendo la vida política nacional.

Gabriel A. Ribas, María Cristina San Román

Bibliografía

- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, Historia Argentina Contemporánea., vols. II y VII, Buenos Aires, Ateneo, 1966. Vol. II y VII
- ARGUINDEGUY, PABLO E. Apuntes sobre los buques de la Armada Argentina. Buenos Aires, Comando en Jefe de la Armada, 1972.
- AUZA, NÉSTOR T.: Católicos y liberales en la generación del ochenta, ECA., Buenos Aires, 1970.
- BALESTRA, JUAN. El Noventa. Una evolución política argentina. Buenos Aires, Fariña, 1959.
- BOTANA, NATALIO R.: El Orden Conservador. La política argentina entre 1880 y 1916, 2ª ed., Sudamericana, Buenos Aires, 1997.
- FERRARI, G. Y GALLO, E. (comp.), La Argentina del Ochenta al Centenario. Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- GALLO, E.; CORTÉS CONDE, R., La república conservadora. Buenos Aires, Paidós, 1984.
- La Nación. Un siglo en sus columnas. Buenos Aires, 1970.
- La Prensa. Suplemento dedicado al centenario de... Buenos Aires, 1969.
- MAYO, C. A. Y GARCIA MOLINA, F. El positivismo en la política argentina (1880-1906) Buenos Aires, CEAL,
- PAN, LUIS, Juan B. Justo y su tiempo, Buenos Aires, Planeta, 1991
- Paula, Alberto de, La ciudad de La Plata, sus tierras y su arquitectura, Buenos Aires, Banco de la Provincia de Buenos Aires, 1987
- RUIZ MORENO, ISIDORO J., La marina revolucionaria. 1874 - 1963. Buenos Aires, Planeta, 1998.
- SUÁREZ DANERO, E. M. El cumpleaños de El Mosquito. Buenos Aires, EUDEBA, 1964.
- YOFRÉ, FELIPE: El Congreso de Belgrano. Año 1880., Buenos Aires, J Lajouane y Cía, 1928.

Historia Argentina.

Colegio Nacional de Buenos Aires & Página/12